

mentos, cruzándose con mucha destreza, hasta formar en torno del árbol un tejido con los cordones, observando en la distribución de sus colores, cierto dibujo y simetría. Cuando á fuerza de vueltas se habian acortado tanto los cordones que apenas podian sujetarlos, aun alzando mucho los brazos, deshacian lo hecho con otras figuras y pasos. Tambien usan los indios de Mexico un baile antiguo, llamado vulgarmente *tocotin*, tan bello, honesto y grave, que se practica en las fiestas de los templos cristianos.

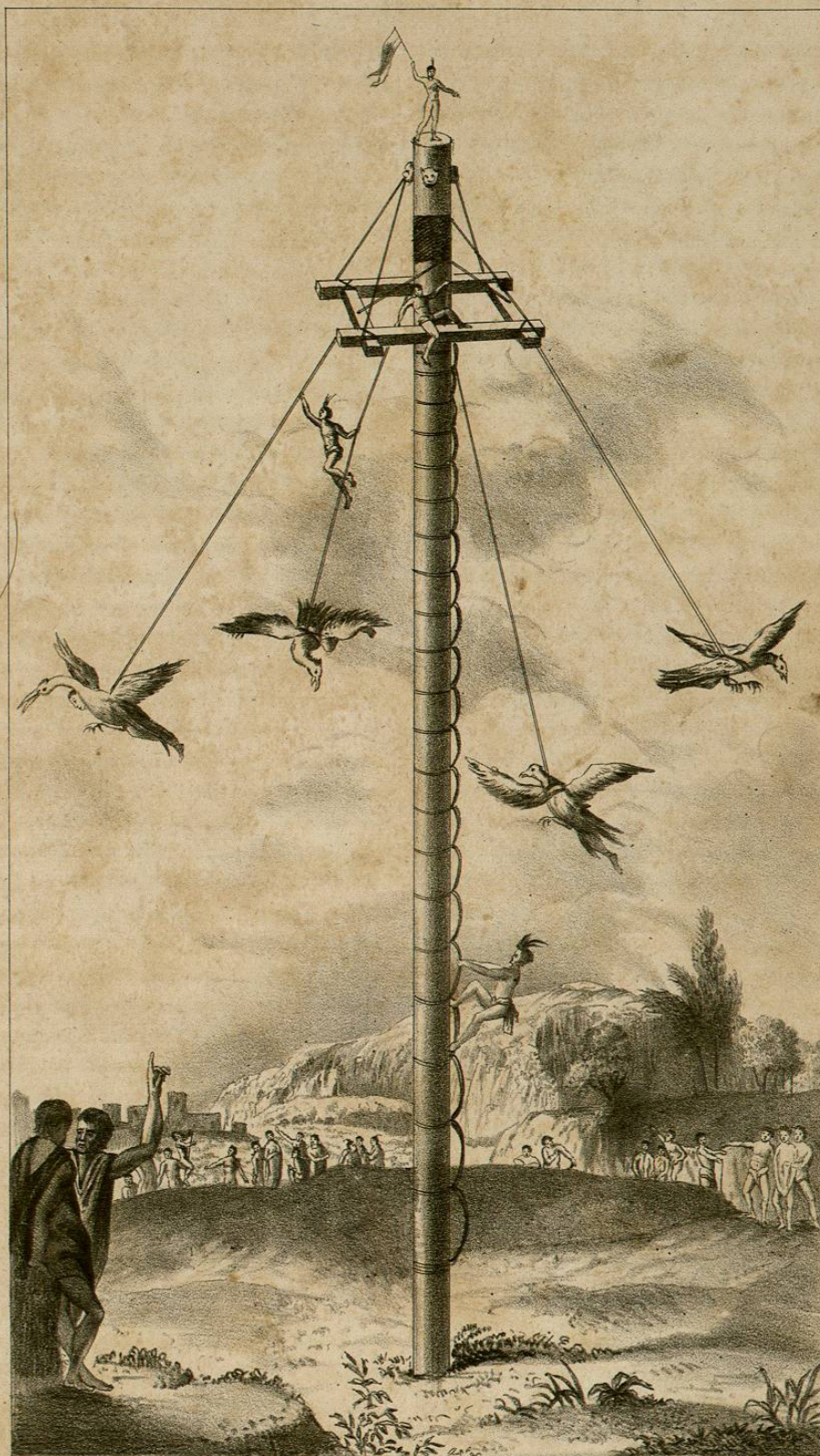
JUEGOS.

El teatro y el baile no eran las únicas diversiones de los Mexicanos. Tenian tambien juegos públicos para ciertas solemnidades, y privados para recreo doméstico. A la primera clase pertenecia la carrera, en que empezaban á adiestrarse desde niños. En el segundo mes, y quizás en otros del año, habia juegos militares, en que las tropas representaban al pueblo una batalla campal: recreos ciertamente útiles al estado; pues ademas del inocente placer que daban á los espectadores, ofrecian á los defensores de la patria los medios mas oportunos de agilitarse y acostumbrarse á los peligros que los aguardaban.

Ménos útil, pero mucho mas célebre que los otros, era el juego de los voladores, que se hacia en algunas grandes fiestas, y particularmente en las seculares. Buscaban en los bosques un árbol altísimo, fuerte y derecho, y despues de haberle quitado las ramas y la corteza, lo llevaban á la ciudad, y lo fijaban en medio de una gran plaza. En la estremidad superior metian un gran cilindro de madera, que los españoles llamaron *mortero*, por su semejanza con este utensilio. De esta pieza pendian cuatro cuerdas fuertes, que servian para sostener un bastidor cuadrado, tambien de madera. En el intervalo entre el cilindro y el bastidor, ataban otras cuatro cuerdas, y les daban tantas vueltas al rededor del árbol, cuantas debian dar los voladores. Estas cuerdas se enfilaban por cuatro agujeros hechos en el medio

de los cuatro pedazos de que constaba el bastidor. Los cuatro principales voladores, vestidos de águilas ó de otra clase de pájaros, subian con extraordinaria agilidad al árbol, por una cuerda que lo rodeaba hasta el bastidor. De este subian uno á uno sobre el cilindro, y despues de haber bailado un poco, divirtiéndose á la muchedumbre de espectadores, se ataban con la estremidad de las cuerdas enfiladas en el bastidor, y arrojándose con ímpetu, empezaban su vuelo con las alas estendidas. El impulso de sus cuerpos ponía en movimiento al bastidor y al cilindro: el primero con sus giros desenvolvía las cuerdas de que pendian los voladores; así que, mientras mas se alargaban, mayores eran los círculos que ellos describian. Mientras estos cuatro giraban, otro bailaba sobre el cilindro, tocando un tamboril, ó tremolando una bandera, sin que lo amedrentase el peligro en que estaba de precipitarse desde tan gran altura. Los otros que estaban en el bastidor, pues solian subir diez ó doce, cuando veian que los voladores daban la última vuelta, se lanzaban agarrados á las cuerdas, para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, entre los aplausos de la muchedumbre. Los que bajaban por las cuerdas, solian, para dar mayor muestra de habilidad, pasar de una á otra, en aquella parte en que por estar mas próximas podian hacerlo con seguridad.

Lo esencial de este juego consistia en proporcionar de tal modo la elevacion del árbol, y la longitud de las cuerdas, que con trece vueltas exactas llegasen á tierra los cuatro voladores, para representar con aquel número el siglo de cincuenta y dos años, compuesto, segun he dicho, de cuatro periodos de trece años cada uno. Todavía se usa esta diversion en aquellos paises; pero sin atencion al número de vueltas, y sin arreglarse en otras circunstancias á la forma antigua, pues el bastidor suele tener seis ú ocho ángulos, segun el número de los voladores. En algunos pueblos ponen ciertos resguardos en el bastidor, para avitar las desgracias que han ocurrido con frecuencia



JUEGO DE LOS VOLADORES.

después de la conquista; porque siendo tan comun en los indios la embriaguez, subian privados de razon al árbol y perdian fácilmente el equilibrio en aquella altura, que, por lo comun, es de sesenta piés.

Entre los juegos peculiares de los Mexicanos, el mas comun y el que mas los divertia, era el del balon. El sitio en que se jugaba, que se llamaba *tlachco*, era, segun la descripción de Torquemada, un espacio llano y cuadrilongo, de cerca de diez y ocho toesas de largo, y una anchura proporcionada, encerrado entre cuatro muros, mas gruesos en la parte inferior que en la superior, y mas bajos los laterales que los dos de los frentes. Estos muros estaban blanqueados, y eran muy lisos. Su coronacion se componia de merlones, y sobre los dos bajos habia dos ídolos, que se colocaban á media noche, en la que precedia á la inauguracion del juego, con muchas ceremonias supersticiosas, mientras los sacerdotes bendecian el edificio con otras del mismo género.

Así lo describe Torquemada; pero en algunas pinturas mexicanas que he visto, se representa la planta del juego del modo que se ve en la estampa adjunta, que es muy diferente de la que indica aquel autor. Quizás habria diversas formas de edificios para jugarlos. Los ídolos colocados sobre los muros eran los de los dioses protectores del juego, cuyos nombres ignoro; pero sospecho que uno de ellos seria Omacatl, dios de la alegría. El balon era de hule, ó resina elástica, de tres ó cuatro pulgadas de diámetro, y aunque pesado, botaba mas que el de aire, que se usa en Europa. Jugaban partidas de dos contra dos, y tres contra tres. Los jugadores estaban desnudos, y solo llevaban la cintura ó *maxtilatl* que la decencia requeria. Era condicion esencial del juego no tocar el balon sino con la rodilla, con la coyuntura de la muñeca, ó con el codo; y el que lo tocaba con la mano, con el pié ó con otra parte del cuerpo, perdia un punto. El jugador que lanzaba el balon al muro opuesto, ó lo hacia botar en él, ganaba otro punto. Los pobres jugaban mazorcas de maiz, y

aun á veces la libertad; otros jugaban cierto número de trages de algodón, y los ricos alhajas de oro, joyas y plumas preciosas. En el espacio que mediaba entre los jugadores habia dos grandes piedras, como las de nuestros molinos, cada una con un agujero en medio, algo mayor que el balon. El que hacia pasar el balon por el agujero, lo que raras veces sucedia, no solamente ganaba la partida, sino que por ley del juego se apoderaba de los vestidos de todos los presentes, y aquel golpe se celebraba como proeza inmortal.

Este juego era muy apreciado por los Mexicanos, y por todos los pueblos de aquel pais; y tan comun, cuanto se puede inferir del número extraordinario de balones que pagaban anualmente, como tributo á la corona de México, Tochtepec, Otatitlan y otros pueblos, que solian enviar hasta diez y seis mil. Los reyes jugaban con frecuencia, y se desafiaban unos á otros, como hicieron Moteuczoma II y Nezahualpilli. Hoy no está en práctica en las naciones del imperio mexicano; pero lo han conservado los Nayaritas, los Apatas, los Tarmauros y otros pueblos del Norte. Cuantos españoles han visto este juego en aquellas regiones, se han maravillado de la prodigiosa agilidad con que lo ejecutaban.

Deleitábanse los Mexicanos en otro, que nuestros escritores han llamado *patolli*, aunque es voz genérica que significa toda clase de juego. Describian sobre una estera fina de palma, un cuadro, dentro del cual trazaban dos líneas diagonales y dos trasversales. Echaban, en vez de dados, unas judías grandes, señaladas con puntos. Segun el punto que resultaba, quitaban ó ponian unas piedrecillas en los ángulos de las líneas, y el primero que tenia tres de ellas en fila, ganaba el juego.

Bernal Diaz habla de otro juego en que solia divertirse el rey Moteuczoma, durante su prision con el conquistador Cortés, y que, segun él dice, se llamaba *totoloque*. Tiraba desde lejos aquel rey ciertas pelotillas de oro muy lisas, á unos pedazos del

mismo metal que se ponian por blanco, y el primero que hacia cinco puntos, ganaba algunas joyas, que era lo que se atravesaba.

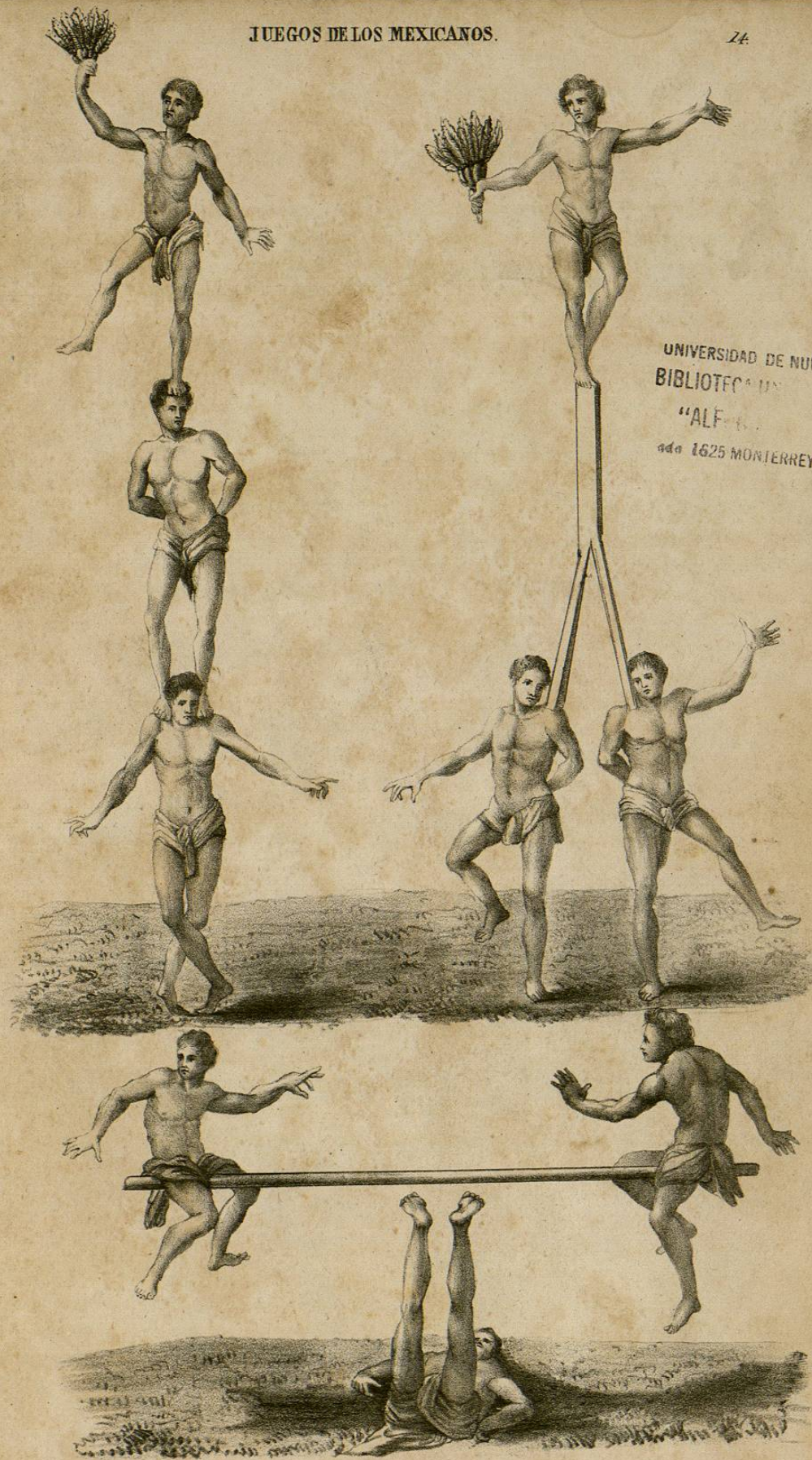
Habia entre los Mexicanos hombres diestrisimos en juegos de manos y piés. Echábase uno de espaldas en tierra, y alzando los piés, sostenia en ellos una gruesa viga redonda, y de ocho piés de largo. Arrojábala á cierta altura, y volvia á recibirla y sostenerla en los piés: despues la tomaba entre los dos, y la hacia girar violentísimamente, y lo mas extraño es, que solian ponerse dos hombres á horcajadas en las dos estremidades, como yo lo he visto hacer muchas veces. Hicieron este ejercicio en Roma dos Mexicanos enviados por Cortés, á presencia del papa Clemente VII y de muchos príncipes romanos, con singular satisfacción de aquellos ilustres espectadores. Era tambien muy comun entre ellos otro juego llamado en algunos países *las fuerzas de Hércules*. Poníase un hombre á bailar; otro en pié sobre sus hombros, lo acompañaba con algunos movimientos, y otro en pié sobre la cabeza del segundo, bailaba y daba otras pruebas de agilidad. Otro ejercicio practicaban alzando una viga sobre los hombros de dos bailarines, y otro se ponía en pié y bailaba sobre su estremidad. Los primeros españoles que vieron estos y otros juegos de los Mexicanos, se maravillaron tanto de su agilidad, que sospecharon la intervencion del demonio, sin hacerse cargo de lo que puede el ingenio humano, ayudado por la constancia y la aplicacion.

PINTURA.

Pero los juegos, los bailes y la música, servian mas al placer que á la utilidad; no así la historia y la pintura, artes que no deben separarse en la historia de México, puesto que no tenian aquellos pueblos otros historiadores que sus pintores, ni otros escritos que las pinturas en que conservaban la memoria de sus sucesos. Los Toltecas fueron en el Nuevo-Mundo los primeros que se sirvieron de la pintura para la historia: al ménos no sabemos que otra nacion los ha-

ya precedido. Tambien la usaron de tiempo inmemorial los Acolhuas, las siete tribus de Aztecas, y todas las naciones de Anáhuac que habian salido del estado de barbarie. De los Acolhuas y de los Toltecas la aprendieron los Chichimecas y los Otomites, que abandonaron la vida salvaje.

Entre las pinturas de los Mexicanos y de todas aquellas naciones, habia muchas que no eran otra cosa que imágenes ó retratos de sus dioses, de sus reyes y de sus hombres ilustres, ó de los animales y plantas de que estaban llenos los palacios reales de México y de Texcoco. Otras eran históricas, que espresaban sucesos memorables, como las trece primeras de la *Coleccion de Mendoza*, y la del viaje de los Aztecas, que se halla en la obra del viajero Gemelli. Otras mitológicas, en que se representaban los misterios de su religion, y á esta clase pertenecen las del volumen que se conserva en la gran biblioteca del Instituto de Bolonia. Otras eran códigos, en que estaban compiladas sus leyes, sus ritos, sus costumbres, y los tributos que los pueblos pagaban, como son todas las de la *Coleccion de Mendoza*, desde la decimacuarta hasta la sexagesimatercia. Las habia cronológicas, astronómicas y astrológicas, en que se figuraban su calendario, la posicion de los astros, los aspectos de la luna, los eclipses y los pronósticos metereológicos. Esta especie de pintura se llamaba Tonalamatl. El Dr. Sigiienza en su *Libra Astronómica*, impresa en México, hace mencion de una pintura de pronósticos de esta especie, que insertó despues en su *Ciclografía Mexicana*. El P. Acosta cuenta que en la provincia de Yucatan habia ciertos volúmenes, plegados á uso de aquellos pueblos, en que los indios tenian señalada la distribucion del tiempo; el conocimiento de los planetas, de los animales, y de otras producciones de la naturaleza, y las antigüedades nacionales: cosas todas muy curiosas, y escritas con mucha diligencia. Las cuales, segun dice el mismo autor, perecieron por el celo indiscreto de un párroco, que creyéndolas llenas de errores supersti-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
ada 1625 MONTERREY, MEXICO